

1924: una guerra civil que marcó nuestra historia un siglo atrás

¹ Paúl Martínez

Resumen

El presente ensayo es una reflexión personal sobre los hechos que precedieron a la guerra civil del año 1924. En 1919 casi los mismos actores protagonizaron similar levantamiento armado, siendo la solución del conflicto parte del problema que estalló en la siguiente elección presidencial en octubre de 1923, son esos hechos los que se analizan desde la visión de la prensa escrita nacional y volantes impresos que eran la norma común para promulgar pronunciamientos, arengas, ataques o críticas a los rivales políticos. Se consultaron periódicos y revistas editados en Tegucigalpa que nos permiten analizar un panorama del desarrollo de los hechos, siendo en buena medida más escasos aquellos impresos que publicó el bando que perdió la contienda. Esta reunión de extractos de la prensa escrita nacional nos ha permitido hilvanar el presente ensayo como una manera de ver que la situación política que dio pie al conflicto del año 1924 se repite casi idéntica en cada elección presidencial a todo lo largo del siglo XX y lastimosamente se extiende hasta nuestro siglo XXI. Solo cambia el nombre de los protagonistas, el resto es la misma historia de egos, ambiciones e intereses ajenos al beneficio de la sociedad y la nación hondureña.

Palabras clave: Montoneras, memoria gráfica, siglo XX hondureño, prensa escrita

1924: a civil war that marked our history a century ago

Abstract

This essay is a personal reflection on the events that preceded the civil war of 1924. In 1919, almost the same actors carried out a similar armed uprising, with the solution to the conflict being part of the problem that broke out in the following presidential election in October 1923. These are the facts that are analyzed from the perspective of the national written press and printed flyers that were the common norm for promulgating statements, harangues, attacks or criticisms of political rivals. Newspapers and magazines published in Tegucigalpa were consulted, which allow us to analyze a panorama of the development of the events, with those printed by the side that lost the contest being, to a large extent, scarcer. This meeting of extracts from the national written press has allowed us to put together this essay as a way of seeing that the political situation that gave rise to the conflict of 1924 is repeated almost identically in each presidential election throughout the 20th century and unfortunately it extends into our 21st century. Only the names of the protagonists change, the rest is the same story of egos, ambitions and interests outside the benefit of society and the honduran nation.

Keywords: Montoneras, graphic memory, honduran 20th century, written press

¹ Artista plástico y fotógrafo documental. Director de la Fototeca Nacional Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. <https://orcid.org/0000-0002-3561-4219> Correo electrónico: paul.martinez@unah.edu.hn

Ahora me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos...

Robert Oppenheimer (1904-1967) recitó en sánscrito las palabras precedentes cuando miró estallar la primera bomba atómica en el desierto de Nuevo México en julio de 1945 (Oppenheimer, 2022, p. 30, citado en Fanjul, 2022, p. 30). Versos tomados del Bhagavad Gita de la tradición clásica hinduista, textos muy conocidos por el científico que lideraba el Proyecto Manhattan en donde se crearon las bombas atómicas que arrasaron con Hiroshima y Nagasaki en agosto de ese 1945.

En menor escala, pero con igual horror y crueldad, la guerra civil del año 1924 destruyó el mundo de muchos hondureños y hondureñas que perecieron en el conflicto o que vieron cambiar sus vidas para siempre en esa extraña manía del ser humano por destruirse e infligir dolor a sus congéneres. Ese destructor de mundos recorrió nuestra tierra sembrando el luto y el dolor a su paso por ciudades, aldeas o caseríos, pues, aunque el sitio de Tegucigalpa fuera el evento funesto de esa guerra más conocido, lo que significó el paso de los ejércitos (de todos los bandos) para las comunidades que se hallaban en su camino fueron pérdidas económicas y humanas aun sin cuantificar. Una estela de heridas aún abiertas para muchos que vieron a sus seres más amados perecer o sufrir indecibles tormentos en uno u otro bando de los que se disputaban el poder político robado según decían algunos, ganado limpiamente según decían los otros. El tiempo, ese implacable testigo y juez de los eventos sucedidos en la historia humana se ha encargado de volver difusas las razones del conflicto, lo que vuelve difícil señalar responsables y juzgar sus acciones, lo que no nos limita a criticar sus sinrazones y aprender de lo sucedido para que nunca más se repita en lo sucesivo.

La memoria pública o social mira al pasado de distintas maneras, pues cada conmemoración, monumento o narración es vista desde diferentes aristas según sea el bando al cual se pertenecía, aún los que estaban en medio sin tomar partido ven hacia ambos lados señalando culpas o reconociendo aciertos ya que igual fueron víctimas o protagonistas involuntarios de lo sucedido. La memoria y la historia comparten métodos pero no siempre significan lo mismo, ambas ven al pasado esperando encontrar luces para el presente, pero

la una o la otra no necesariamente las comparten las sociedades a las cuales describen o recuerdan, pues dichas sociedades se componen de tantos actores distintos que resulta imposible que valoren o perciban lo mismo diluyendo las fronteras entre historia y memoria, conocimiento y recuerdos, rumor o verdad. Lo sucedido aún está presente en memorias personales y familiares, historias que aún están pendientes de registrarse, estudiarse y difundirse, pese a que el recuerdo de pasados violentos siempre levanta dudas, genera preguntas incómodas, hurga en viejas heridas, pero olvidamos casi siempre que el reconocer yerros construye mejores sociedades, más justas, más solidarias, más humanas.

En las páginas de introducción del primer tomo de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Miguel Ángel Cabrera y Juan Pro señalan que: «... nada surge sin unos precedentes, ni nada en la historia de las culturas políticas responde a cambios bruscos...» (Cabrera y Pro, 2014, p. 23). La guerra civil del año 1924 fue la consumación de guerras que le precedieron, no fue la primera ni tampoco fue la última que enfrentó a hondureños contra hondureños, a hermanos contra hermanos. Desde el siglo XIX, años después de declararse la independencia centroamericana del dominio colonial español en 1821, la guerra asoló nuestra región: Guatemala marchaba contra Honduras o El Salvador, éstas marchaban contra Nicaragua y luego peleaban entre ellas invadiendo El Salvador a Guatemala, u Honduras marchaba a San Salvador y luego las unas contra las otras en una interminable lista de insensatas refriegas. Esa era nuestra historia en el siglo XIX. Para Waldo Ansaldi, estas malas prácticas nacieron siglos atrás desde el germen mismo de la actividad económica colonial:

Si las sociedades latinoamericanas han sido modeladas según tres matrices de origen colonial generadas por sendas unidades de producción –la plantación esclavista, la hacienda servil y la estancia con asalariado–, sin duda que las formas más antiguas de autoritarismo se encuentran en el interior de esas microsociedades, de donde se proyectaron a la escala macrosocial a partir de la construcción del orden poscolonial.

La dominación colonial se afirmó sobre sólidos mecanismos de violencia física y simbólica, expresados cotidianamente en esas unidades de producción (Ansaldi, 2016, p. 129).

Párrafos adelante, nos aclaran que «Después de 1815-1820, los procesos de construcción del primer orden poscolonial, y su coronación, más o menos exitosa, bajo la forma de Estado (escasamente Estado-nación), desarrollaron culturas políticas en las cuales la lógica de la guerra desplazó a la lógica de la política» (Ansaldi, 2016, p. 131). Por ello no es extraño que desde 1822 una de las mentes más brillantes de la región -enfáticamente-, nos advirtiera que:

...nos sentaremos sobre escombros y ruinas a contemplar las de Guatemala...

La Capitanía General de Guatemala o más sencillamente el llamado Reino de Guatemala, era la forma en que la América Central era conocida en los casi tres siglos de dominio colonial de España en la región. De ahí que cuando José Cecilio del Valle (1777-1834) le escribe a Guatemala es una forma también de referirse a Centroamérica. En el último año de publicación de su apoteósico proyecto editorial *El Amigo de la Patria*, un enfático Valle acertadamente vaticinó el futuro que nos esperaba de continuar las cosas como en el primer año luego de la independencia:

... si en lugar de ocuparnos en los trabajos pacíficos de la legislación, nos abandonamos a las disputas sangrientas de las divisiones intestinas, no gozaremos jamás de nuestra Independencia: nos sacrificaremos unos a otros; y en medio de cadáveres, cansados al fin de derramar sangre, nos sentaremos sobre escombros y ruinas a contemplar las de Guatemala, y llorar nuestras desgracias (Valle, 1822, p. 207).

Una simple lectura de la historia en la América Central de los siglos XIX y XX confirma lo acertado del vaticinio del prócer. No era ningún adivino, no era ni brujo ni vidente, simplemente analizaba los hechos a su alrededor y le era fácil deducir los infortunios que nos deparaba el futuro de continuar en esa lucha insensata que nos ha atado desde siempre al subdesarrollo, a la miseria y a las penurias de buena parte de nuestras sociedades. Una columna en diario *El Cronista* en

1923 hacía una sucinta lista de los conflictos en Centroamérica ocurridos en las primeras dos décadas del siglo XX, ello alertando la no suscripción del Pacto de Washington por la administración de López Gutiérrez, convenios que eran la continuación de aquellos firmados en 1906 dentro de las frías paredes del buque de guerra estadounidense Marblehead. La nota en *El Cronista* así describía la situación del istmo:

Tuvimos guerra en Honduras en 1908 y en 1909. En este año estalló la revolución de Nicaragua, la que propiamente duró hasta 1912. Nueva guerra en Honduras en 1911. La guerra europea mantuvo cierta tranquilidad aunque no impidió la traición de Federico Tinoco en Costa Rica. En 1919 guerra en Honduras, para la derrota de Bertrand. En 1920 guerra en Guatemala para la caída de Estrada Cabrera. En 1921 otro cuartelazo para derrocar a don Carlos Herrera. Y desde 1920 continuos bochinches en Honduras (*El ejecutivo retira los pactos de Washington*, 1923, p. 2).

Y si abrimos más el panorama, descubrimos que el continente americano carecía de esa paz interna tan necesaria para alcanzar el desarrollo, pues «No resulta una exageración señalar que las actuales fronteras de muchos Estados latinoamericanos están construidas sobre las cenizas de la violencia» (López García y Juárez, 2016, p. 72). Es difícil tener la certeza del desarrollo histórico del continente cuando catástrofes de todo tipo han destruido buena parte de sus archivos a lo largo de las dos últimas centurias, una debilidad que se agrava cuando entran en escena otros factores:

La mayoría de las investigaciones históricas sobre el campo latinoamericano se han concentrado sea en los últimos treinta años del siglo XVIII, apogeo del imperialismo de los Borbones, sea en el período que empieza unos cien años más tarde, cuando las repercusiones de la primera ola del liberalismo empezaron a percibirse en el conjunto de la economía y la sociedad rurales. La época intermedia, entre la caída del régimen colonial y el ritmo cada vez más veloz de la década de 1880, aparece como un intervalo infecundo entre dos destacados momentos historiográficos. La escasez de documentos sobre ese período se debe en parte al colapso

de la antigua administración colonial y a la incapacidad de las nuevas repúblicas de reunir o contabilizar los ingresos fiscales y de llevar a cabo estudios demográficos o referentes a las propiedades. Así pues, debido al crecimiento desigual de la población rural, a los medios de transporte rudimentarios y a que los mercados existentes no eran suficientes para fomentar la actividad comercial, estos años se presentan ante nuestros ojos como una era de ciudades rústicas y de zonas rurales aisladas y lánguidas, aún reguladas por los ritmos de las estaciones (Bauer, 2007, p. 295).

Aquí cabe la reflexión de si existen hechos del pasado que siguen condicionando nuestro presente y seguimos cavando con ellos la fosa en donde estamos enterrando sin duda nuestro futuro. Otro autor señala que lo sucedido iniciando la tercera década de ese siglo XX en casi toda la geografía del continente, era una extensión de lo que sucedió en el decenio anterior:

Según un consenso amplio, la década de 1930 fue un tiempo de autoritarismo en América Latina. Las pruebas empíricas son elocuentes: los «gobiernos fuertes» campeaban por doquier. Así, los de José Uriburu, en Argentina; Getulio Vargas (durante el Estado novo), en Brasil; Federico Páez Chiriboga, en Ecuador; Rafael Trujillo, en Dominicana; Maximiliano Hernández Martínez, en El Salvador; Jorge Ubico Castañeda, en Guatemala; Tiburcio Carías Andino, en Honduras; Anastasio Somoza (y su «dinastía»), en Nicaragua; Luis Miguel Sánchez Cerro, en Perú; Gabriel Terra, en Uruguay. También el predecesor Juan Vicente Gómez, en Venezuela, cuya larga dictadura, iniciada en 1908, se extendió hasta su muerte en 1935. Páez, Vargas y Terra eran civiles; los demás, militares (Ansaldi, 2016, 119).

Ampliaba el investigador Ansaldi sobre el aciago tiempo aludido que «Empero, puede irse más allá y señalar que la década de 1930 fue también un tiempo de generalizada apelación a la violencia como medio de resolución de los conflictos políticos» (Ansaldi, 2016, 119). Tristemente lo anterior se vio confirmado en la práctica con el inicio de largas dictaduras tanto en Honduras como en la región centroamericana, regímenes que nacieron de esos años de violencia en las primeras décadas del siglo XX que dieron la

excusa para crear Estados autoritarios en aras de mantener la paz en nuestras naciones.

1919: ningún conflicto social inicia de la nada

La misma historia de odios y violencia reseñada por Valle para el siglo XIX continuaría en buena parte de la primera mitad del siglo posterior y la guerra de 1924 es sólo una triste muestra de ello. Aquí bien cabe citar a Ramón Oquellí (1934-2004) cuando en una entrevista del año 1999 refiriéndose al ilustre Alfonso Guillén Zelaya (1887-1947) se preguntaba sobre él si: «¿es que su visión es tan amplia que sigue teniendo actualidad o es que nuestra sociedad continúa igual?» (Oquellí, 1999, p. 12). Lo sucedido en las elecciones de octubre de 1923 que dio pie a la guerra civil del año 1924 ya antes había sucedido y desgraciadamente ha continuado pasando hasta el presente. En una hoja volante fechada el 10 de febrero de 1924 en Santa Rosa de Copán y firmada por los generales Vicente Tosta (1885-1930) y Gregorio Ferrera (1880-1931) se exponían las raíces del conflicto del año 1924, impreso que por su relevancia se comparte íntegro para conocer de primera mano las razones aducidas por dos de los principales protagonistas de la contienda:

De todos vosotros son conocidos los sacrificios hechos en 1919 luchando por la libertad o sea por restablecer el imperio de la Constitución, violada por un gobernante que, ofuscado por las pasiones y por el deseo de perpetuar la familia en el Poder, violaba los derechos del pueblo con mengua de su soberanía.

Restablecido el orden, surgió el Gobierno del Gral. Rafael López Gutiérrez, prestando la promesa Constitucional el 1º de Febrero de 1920, promesa que no fué cumplida, pues en la elección de Consejeros Federales, restringió la libertad del sufragio, uno de los principales ideales que acariciara aquella gloriosa revolución; y últimamente observando con imparcialidad el proceso electoral, nadie podrá negar que también ha sido violada la libertad del sufragio con mengua de la Constitución y del buen nombre del gobierno, preparándose así para que fuera el Congreso y no el pueblo el que hiciese la elección y coaccionado aquel



El antiguo campo La Isla era en el primer cuarto del siglo XX un espacio plano utilizado para juegos de fútbol o béisbol, imagen que bien refleja la vida sencilla de la ciudad capital Tegucigalpa. Nótese que en la antigua Casa Presidencial seguían los trabajos de su construcción.

Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo *Post card*, 13.5 x 8.4 cm. Ca. 1920

por una de las agrupaciones patrocinadas por el Ejecutivo, quien en su odio manifiesto a un Candidato independiente, obstaculizó todo arreglo entre los candidatos, y por consiguiente, la elección en el Congreso, para asumir la Dictadura acariciada de tiempo atrás, Dictadura que será efímera, pues el pueblo hondureño no se someterá bajo ningún concepto al yugo de las violaciones de la ley, ya que, el Congreso no cumplió con el alto mandato que la Constitución le impone, eligiendo al sucesor legal. En consecuencia, Occidente y especialmente el pueblo de Intibucá se ha indignado ante el que de manera arbitraria quiere perpetuarse en el Poder, sin haber sido

un digno delegado del pueblo en el período Constitucional de 1924 a 1928.

Por lo expuesto, los suscritos, hoy hacen un gesto enérgico de protesta armada y excitan a sus buenos hermanos hondureños para que los acompañen en esta cruzada que será una nueva lección para los que, ávidos de mando, hacen caso omiso de la voluntad nacional. Creemos que en estos momentos de angustia para la Patria, los hondureños honrados acudirán gustosos en defensa de la LIBERTAD, LA JUSTICIA Y DEL DERECHO.

Santa Rosa, 10 de Febrero de 1924.

Vicente Tosta C.

G. Ferrera

Vemos en el anterior manifiesto la excusa inveterada de la violencia armada como fin en sí mismo y no como lo que realmente es: una insensata forma de destruir pueblos, naciones o continentes. Deducimos también tras su lectura que el precedente de la guerra fue el conflicto de 1919 a raíz de la no realización en su debido tiempo de los comicios electorales y la errada idea del presidente Francisco Bertrand (1866-1926) de querer imponer a su sucesor:

Finalmente y después de tanto barajar, hizo el doctor Bertrand proclamar como candidato a su concañado doctor don Nazario Soriano, Cónsul General de Honduras en Nueva Orleans, hombre sin energías, de muy pocos alcances en la ciencia política, a quien no reconocían los pueblos como capaz de dirigir la nación (Castro Serrano, 1921, p. 62).

Catarino Castro Serrano (1892-1939) publicó en 1921 el libro *Honduras en la primera centuria*, una invaluable obra que nos da el mejor panorama de la sociedad hondureña en esas dos primeras décadas del siglo XX². El libro nos narra que se formaron para esta elección el Partido Constitucional Democrático y el Partido Nacional Democrático, el primero postulaba de presidente al general Rafael López Gutiérrez acompañado del doctor José María Ochoa Velásquez. El segundo partido proponía al doctor Alberto Membreño y había una tercera agrupación política que fue el oficialista Partido Nacional Hondureño que proponía al doctor Nazario Soriano como candidato presidencial, el que tendría todo el apoyo de la maquinaria estatal para alcanzar su triunfo y lo que en esencia fue el germen del descontento ante el empecinamiento del presidente Francisco Bertrand quien a toda costa deseaba se proclamase presidente de la república a su candidato. Castro Serrano hace una apretada síntesis del inicio y desenlace de las hostilidades en ese 1919:

El día miércoles 23 de julio de aquel año, se libró el primer combate en Teupacenti, departamento de El Paraíso, entre fuerzas al inmediato mando del general don Rafael López

Gutiérrez y tropas gobiernistas; el día siguiente, 24, ocurría en Goascorán una escaramuza con las fuerzas del gobierno, muriendo el jefe revolucionario coronel Jacinto Velásquez; el 25 del mismo mes de julio, se tomó el cuartel de La Esperanza, iniciándose las operaciones que coronó el mejor éxito en los departamento de Occidente y Norte, el 27 se peleaba en Esquías, departamento de Comayagua, muriendo en esta acción el jefe revolucionario coronel Benjamín Hidalgo; el 28 se verificaba un encuentro en el pueblo de El Paraíso, departamento del mismo nombre, avanzando las fuerzas gobiernistas algunos prisioneros, entre ellos el coronel don Miguel Aguilar.

Durante el mes de agosto, se recrudecieron las operaciones en distintos rumbos, con favorables resultados para la revolución, hasta que finalmente cayeron las plazas de San Pedro Sula y Danlí, y entregaba el doctor Bertrand la Presidencia al Consejo de Ministros, el 9 de septiembre, para salir de Tegucigalpa en la tarde del 10, protegido por el contralmirante Wood, de la escuadra yanqui del Pacífico (Castro Serrano, 1921, p. 96).

No es extraño que Vicente Tosta recuerde lo sucedido en 1919 como preámbulo de lo acaecido en 1924, pues él fue uno de los protagonistas de primera fila en ambos conflictos. Tosta era en ese entonces coronel y al iniciarse la toma militar de La Esperanza la madrugada del 26 de julio, él se hallaba recluido en el cuartel de la ciudad. Luego del triunfo de los opositores al gobierno de Bertrand, Tosta fue elegido en La Esperanza jefe del consejo de guerra ahí formado y marchó a la toma de Marcala. En este consejo se hallaba también Gregorio Ferrera, quien igual en ese tiempo era aún coronel. Tosta marchó sobre la ciudad de Gracias la que luego de varios intentos sometió el 11 de agosto y el 18 tomó Santa Rosa de Copán, así consolidaba el control de buena parte del occidente de Honduras y podía enfilear sus tropas hacia San Pedro Sula, importante plaza que cayó en manos de las tropas de Tosta el día 6 de septiembre. Buena parte de la descripción de

² Un anuncio publicado en diario *Excelsior* del miércoles 25 de enero de 1922 así lo anunciaba: «Libro ilustrado y de interés para todos. Trata sobre historias, sociología política y administración nacionales, crítica, operaciones militares, etc. / Lo ilustran 60 fotograbados. De venta en la Librería Moderna; en la Anglo-Americana; en el Portal de Alatorre; donde don Pablo Zepeda en el Guanacaste, y en Comayagüela donde don Ernesto Fiallos» (*Honduras en la Primera Centuria*, 1922, p. 4).

Castro Serrano sobre esta guerra de 1919 ha sido hecha en base al aporte del entonces coronel Tosta (en el Apéndice II de su obra de 1921 se muestra la carta de Castro a Tosta en donde le solicita esta información). No es sorpresa entonces que el autor dedique elogios a su papel en la guerra y a su figura:

Obsérvese que en el desenvolvimiento de estos, sólo aparece una figura central, dotada de todos, o la mayor parte de estos atributos psicológicos que el caso requería, la que presta su inteligencia, fuerza de resignación, fe y carácter, para una obra corruscante, de reconocida bondad, pero cuyo epílogo tendrá verificativo no se sabe dónde, cuándo, ni cómo.

Esta figura central, es la del joven guerrero Vicente Tosta, legítimo hijo de Marte, abrevado en las puras fuentes de la milicia moderna -pues fué un fruto de la recordada escuela militar del Coronel chileno Luis Oyarzún- a quien se le ve, desde el momento mismo que entra en escena, mantener el más uniforme derrotero en el momento de reivindicación que le encargara dirigir el mismo pueblo, que ve hollados sus más caros derechos. Este jefe no había tenido compromiso alguno con los viejos partidos (Castro Serrano, 1921, p. 102).

Aquí ha terminado todo compañeros; la Patria está antes que nada...

Así les expresó el general Tiburcio Carías Andino en 1919 a sus combatientes cuando estaban replegados en la comunidad de Las Manos³, El Paraíso, luego de ser derrotados en un combate cerca de la ciudad de Danlí (Martínez, 1977, p. 8, citado en Cantarero, 1977, p. 8). Cuenta Tomás Martínez Romero -quien era parte de la tropa que desde Tegucigalpa había acompañado a las huestes de Carías-, que a Las Manos había llegado un emisario estadounidense y personajes del gobierno de turno a negociar la rendición de los adversarios al presidente Francisco Bertrand -quien para ese momento ya había renunciado y

dejado el gobierno en manos de sus ministros-. Fruto de esas negociaciones fue asumido el poder del 9 de septiembre al 5 de octubre por un Consejo de Ministros que componían: Salvador Aguirre, Jesús Bendaña, Santiago Meza Cáliz, Héctor Valenzuela, Federico A. Smith y Leopoldo Córdova (Castro Serrano, 1921, p. 122).

El fin de las hostilidades es así narrado por Castro Serrano:

En el pueblo de Santa Lucía, a cuatro leguas de Tegucigalpa, se presentó una comisión del Consejo de Ministros dejado por Bertrand, a parlamentar con el jefe revolucionario, sobre la manera cómo se haría el ingreso de las tropas a la capital, la organización nueva que debía darse al Consejo de Ministros provisional, y otros pormenores.

Los comisionados presentaron sus bases relativas a aquellos puntos, las que debidamente consideradas, fueron rechazadas casi en su totalidad.

El 15 de septiembre se acuartelaban estas fuerzas en la casa presidencial de Toncontín, a 5 kilómetros, entrando a la ciudad el 17 por la tarde, entre las aclamaciones populares (Castro Serrano, 1921, p. 114).

El 5 de octubre de 1919 Francisco Bográn asumió el cargo de presidente y fue él quien le entregó al general Rafael López Gutiérrez el primero de febrero de 1920 la presidencia de Honduras, quien al final de su mandato abonaría la tierra en donde brotaría nuevamente la lucha por alcanzar el poder. En extenso artículo de prensa que exponía la biografía del general Tiburcio Carías Andino al celebrar éste su natalicio en 1949 -ya concluida su administración presidencial-, el autor del panegírico describe los sucesos que llevaron a la presidencia a López Gutiérrez:

Y aquí tenemos por una ironía del destino, ocupando la presidencia a un hombre abúlico y sin conocimiento en la ciencia del gobierno, y se inicia la administración López Gutiérrez que no supo impulsar el progreso de la República;

³ Comentario aparte, a esta batalla en Las Manos se refiere un escrito publicado en diario *El Constitucional* que así se lee: «En el General Carías encontramos todo lo contrario; como hemos dicho antes, a éste no se le conoce una sólo página brillante en la guerra, ni en la administración, ni en la prensa, ni en la tribuna; y ante los desmanes de los poderosos, su conducta ha sido absolutamente pasiva, pues fuera de su ridícula expedición a “Las Manos” nada en su favor puede relatarse» (*Paralelo imposible*, 1923, p. 1).

se originó un peculado sin nombre; el país tuvo que soportar veintidós conatos revolucionarios, y culminó con el desastre de la guerra de 1924 (Carías, 1949, p. 3).

En su arenga a las tropas derrotadas en la comunidad de Las Manos, el general Carías afirmó que «...la Patria está antes que nada...» y que por ello culmina la batalla ya que se ha negociado el mando del gobierno. Patria, curiosa palabra en boca de un general graduado en los ensangrentados cerros de ella, pero esos eran los personajes que dominaban la escena política nacional en ese primer cuarto del siglo XX. La administración López Gutiérrez fue criticada por todos los contendientes en los comicios electorales de 1923, y si bien su gestión es en buena medida antecedente de la guerra civil por sus acciones provocada, no es la intención del presente libro analizarla, otros autores ya lo han hecho con mayor detenimiento y con mejor análisis. Sin embargo, desde las páginas de todos los diarios opositores les eran permanentemente señalados sus desaciertos:

Examinando con serena atención y criterio imparcial la actual administración de los negocios del país, que a la verdad ha estado encomendada a la juventud del grupo en el poder, no podemos menos que formular como una amarga conclusión, la verdad indiscutible de que el Gobierno ha fracasado en todos y cada uno de los ramos de la Administración Pública y en la política seguida, que ha contrariado de modo sustantivo la aspiración de los hondureños.

En el Ramo de Hacienda y Crédito Público, a pesar de que las rentas han sobrepasado los cálculos hechos en la Ley de Presupuesto, tenemos sin pago por seis meses a los servidores de la nación. Los agiotistas, aprovechándose de la incuria de los que manejan la Hacienda Pública, han hecho pingües negocios, trayendo como consecuencia el descontento entre todos aquellos que habiendo perdido sus bienes por motivo de la guerra civil, se han visto de la noche a la mañana sin medios de trabajo, y con el producto de ellos en manos de los mercaderes de valores públicos (El desastre administrativo, 1922, p. 1).

Duras palabras para el gobierno de turno desgastado por las moloteras perennes de ese

primer cuarto del siglo XX y que en la recta final de su mandato fue perdiendo su empatía hacia el pueblo que le llevó al poder. Una muestra de esa distancia la podemos ver en la noticia que denuncia el atropello a un Alcalde Auxiliar de Lepaterique, la noticia en sí deja claras dos cosas: el abuso de las autoridades hacia la población y el tratamiento peyorativo que la sociedad tenía cuando de pueblos indígenas se trataba (práctica desgraciadamente aún presente). El titular de la noticia es más que evidente hacia esas expresiones de discriminación y exclusión de la sociedad indígena: *Un infeliz indio torturado por dos verdugos del actual gobierno*. Nota de prensa que para mejor entender su carácter documental transcribimos íntegra a continuación:

Ayer por la tarde se presentó el señor Alonso López, Alcalde Auxiliar de la aldea de Valle, jurisdicción del pueblo de Lepaterique, a manifestarnos que ha interpuesto acusación contra el Inspector de Policía y Hacienda Ramón E. Jovel, salvadoreño, y Juan Pablo Bonilla, Comandante Local de dicho pueblo, por las torturas bárbaras a que fue sometido, por la sospecha de tener en su poder un rifle nacional.

Nos dice el señor López, que actuando como tal Auxiliar, acompañaba a Jovel, cuando fue denunciado por el hecho anterior, y acto seguido conducido a la cárcel, de donde fue sacado para atormentarlo.

El pobre indio fue amarrado de los dedos pulgares por detrás del cuerpo y así fue izado hacia el techo hasta la altura de tres varas en cuya posición estuvo por unos quince minutos, mientras los verdugos le daban golpes con una daga, causándole heridas en la cabeza. Cuando estaba guindado, le pusieron de sobrepeso unos cinco rifles para aumentar sus dolores.

Y no terminó allí el crimen de esos empleados dependientes del Gobernador Político y Comandante de Armas, sino que con villana torpeza se atrevieron a lazarlo de partes que el decoro no nos permite citar.

Los clamores del desgraciado eran impotentes para desarmar la ferocidad de sus verdugos, y el pobre indio pedía a gritos que lo fusilaran, a lo que sí accedieron los sicarios. Al llevarlo al campo señalado para la ejecución, el Sr. López pudo evadirse, no sin que le

dispararan en la huida unos tiros que dichosamente no le acertaron.

Cuando nos ponemos a considerar en las manos de quiénes se encuentra la seguridad y la vida de nuestros conciudadanos, no podemos menos que admirar la bondad nativa de los hondureños que los conduce a tolerar esos crímenes, que ya no tienen el castigo de la justicia, ni el de los superiores de aquellos que los cometen, bien pudieran ser castigados por las mismas víctimas.

Seguiremos de cerca el curso de la acusación presentada por el señor López, y tendremos a nuestros lectores al tanto de su marcha para que sepan qué es lo que tienen que esperar de este régimen, en que desgraciadamente ha caído el pueblo hondureño.

López nos dice, que a pesar de que hace cerca de dos meses que fue torturado, siente todavía los efectos del suplicio (*Un infeliz indio torturado por dos verdugos del actual gobierno*, 1922, p. 1).

Otra dura crítica a la administración López Gutiérrez la hacía diario *El Constitucional* en una denuncia sobre erogaciones indebidas libradas a favor de su colega Excelsior:

Causa profunda extrañeza esa erogación, porque bien saben los hondureños que el periódico oficial se edita en la Tipografía Nacional, con papel que se obtiene del Almacén Nacional, y que el pago de los tipógrafos, se hace con fondos de la nación. Mientras se eroga esa gruesa suma para darla al ex-director de Excelsior, los maestros de escuela de la República, padecen de hambre, las pobres madres o los desgraciados hijos de los que han muerto en la guerra que llevó al poder a los que hoy mandan, lloran sus miserias y venden a conocidos agentes, las miserables pensiones que les han dado; los empleados no se pagan y, la vida económica del país se paraliza, estancando sus productos en las manos de unos pocos individuos, que han tomado la Hacienda Pública como cosa de exclusivo dominio (Mientras la mayoría de los empleados sufren de miseria por falta de pago, el Gobierno llena de dinero las bolsas de sus libelistas, 1922, p. 1).

Al final, todo este ambiente de ánimos exacerbados fue el caldo de cultivo perfecto para la guerra civil del año 1924. En enero de 1923, tres diputados del Congreso Nacional de Honduras presentaron un proyecto de ley para decretar una amnistía amplia y general para todos los delitos políticos, militares y conexos que extendía el alcance y vigencia de la amnistía ya emitida el 29 de abril de 1921 por el Supremo Poder Ejecutivo. Los miembros de la comisión de dictamen del proyecto al final recomendaron no ser decretada esta ley, y al exponer el panorama que explicaba las razones del conflicto, así se expresaron sobre lo que sucedía en el país desde el año 1919:

Bien conocido es el desarrollo de los acontecimientos que han ocasionado la intranquilidad y el estado de trastorno que el país ha soportado en los últimos tiempos, provocados por los que no quisieron acatar la voluntad de la mayoría, libremente manifestada en los comicios en octubre de 1919, al elegirse las Autoridades Supremas de la República que funcionan en el presente período constitucional. Desde Enero de 1920, esto es, aún antes de que tomaran posesión los nuevos electos y se conocieran la orientación de su política, comenzaron los descontentos del nuevo Gobierno a perturbar el orden, mostrándose desde entonces irreductibles en sus propósitos, no obstante las medidas adoptadas por dicho Gobierno, ya en el sentido de tolerar de hecho el regreso de algunos descontentos a sus hogares sin molestias, de ninguna especie, o ya emitiendo por dos veces Decretos de Amnistía Generales. Tales medidas, generosas y conciliadoras, no pudieron lograr su objeto, y antes bien sirvieron para alentar a los rebeldes en sus intentos de trastornos, porque la tolerancia y la clemencia empleadas para con ellos la atribuyeron a debilidad y desprestigio... (Sandoval y Reina, 1923, pp. 39 y 40).

Los promotores de la iniciativa defendieron su proyecto de amnistía, y en una respuesta a la comisión que dictaminó no fuese aprobada, reconocían sin embargo que:

No ignoramos tampoco que nuestros intervalos de paz, a través de nuestra historia empapada de sangre y lágrimas, han sido creados en los moldes infamadores del



El reverso de esta fotografía lleva escrita la siguiente dedicatoria: *A nuestro muy querido amigo el muy distinguido Dr. don José Ma. Ochoa Velásquez. Un recuerdo del Batallón de la Muerte. Comayagua.* Irónicamente, el variopinto grupo posa con sus armas y estandarte en la iglesia de La Caridad, Comayagua. Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo *Post card*, 13.5 x 8.4 cm. Agosto 19 de 1922

rigorismo gubernativo; de donde pudiera deducirse para adversar esta iniciativa, que no es la bondad factor de orden público entre nosotros, sino la fuerza viril que mantenga a raya nuestros inmoderados instintos de libertinaje; pero hemos cumplido ya un siglo de locura... (Oviedo, Oquell Hernández y Gómez Romero, 1923, pp. 45-45).

Terminaban la defensa del proyecto de decreto de amnistía exponiendo su necesidad «para que no nos sintamos extraños en nuestra propia tierra, para que dejemos herencia de honor a nuestros hijos y para que no sigamos siendo piedra de escándalo del Continente Americano».

Luego de ese siglo de locura sufrido por los hondureños, admiten los legisladores que para ese entonces nos habíamos convertido en naciones salvajes a la vista del resto del continente. Una pequeña nación ubicada en el justo centro del continente americano que sin embargo poseía un ejército en marzo del año 1923 de 62,000 combatientes según lo expresado por la Comisión de Guerra y Marina del Congreso Nacional en un dictamen que recomendaba la organización técnica de un ejército de semejante dimensión y de tan precario e inconsistente servicio pese al elevado gasto en el Presupuesto de Guerra de esos azarosos años

(Corleto, Oquellí Hernández, Santos y Durón Mena, 1923, pp. 247-248). Terribles años que sin embargo se explican solos cuando se estudia la historia. Para empezar, ese voluminoso ejército dependiente del Departamento de Guerra aparecía en el Proyecto de Presupuesto General presentado al Congreso Nacional para el año económico de 1923 a 1924 con la bicoca de 2,236,458.09 pesos⁴, en cambio el Departamento de Instrucción Pública tenía asignados 777,620.00 (Rivera, 1923, p. 310). Y sí entre el Departamento de Guerra y el similar de Instrucción Pública existía la diferencia de 1,458,838.09 de pesos a favor del primero, entonces de qué nos asustamos cuando se producen estas guerras insensatas en donde el pueblo hondureño es la triste víctima de las peores vesanias.

«Un entorno bárbaro barbariza» reflexionaba Mario Vargas Llosa (1936) citando la filosofía del desalmado Mr. Kurtz, el oscuro personaje de la novela *En el corazón de las tinieblas* (Vargas Llosa, 2020, p. 8). Y esa abismal diferencia entre el gasto destinado a la guerra y el eximio presupuesto dedicado a la educación claro está que barbariza a cualquier sociedad⁵. El monto del presupuesto de educación cabe casi tres veces en el destinado al de guerra, de hecho, de los siete departamentos que componían el aparato estatal hondureño en ese presupuesto (Gobernación, Guerra, Relaciones Exteriores, Instrucción Pública, Fomento, Hacienda y el de Crédito Público), solo los departamentos de Justicia y de Relaciones Exteriores tenían un presupuesto menor al de Instrucción Pública (305,627 el primero y 297,627 el segundo). Luego la comisión de

Detalle de una fotografía que muestra una panorámica ▶ de las tropas de Vicente Tosta, nótese el estrato humilde de los combatientes, muchos de los cuales dieron su vida sin saber exactamente el por qué. Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo *Post card*, 13.5 x 8.4 cm. 1924

dictamen del Congreso Nacional modificaría este presupuesto, pero no para aumentar el asignado a educar al pueblo hondureño, sino cambios ligeros de asignaciones entre dependencias, por lo que los datos ya citados nos pueden dar el panorama desolador de las prioridades del Estado en ese entonces.

Cualquiera podrá aducir que la inmanente amenaza de la guerra civil obligaba al Estado hondureño a priorizar el gasto hacia el área de la guerra, pero no, no es así. En su mensaje en la apertura de sesiones ordinarias en el año 1917 del Congreso Nacional, el presidente Francisco Bertrand (1866-1926) informó de los gastos de su administración en el ejercicio fiscal correspondiente a los años 1915-1916 en donde la cartera de Instrucción Pública tuvo un presupuesto de 503,405.04 pesos, en tanto la cartera de Guerra y Marina ascendió a 1,799,973.28 (Bertrand, 1917, p. 26). Una abismal diferencia de 1,296,568.24 pesos que explica el atraso y la barbarie que vivimos los hondureños en esos aciagos años. Sí para 1924 representaba el presupuesto de Instrucción Pública el 34.77 por ciento de lo erogado para Guerra y Marina, en 1916 era de 27.96 por ciento ese porcentaje, cifras no muy alejadas entre sí y que desnudan la práctica de inclinar la balanza

⁴ Recordemos que para la segunda década del siglo XX la moneda en Honduras era denominada Peso, ya que su actual nomenclatura de Lempira se comenzó a utilizar hacia 1932.

⁵ Un ejemplo de ese entorno bárbaro lo podemos inferir al leer una noticia publicada en diario *El Cronista* que así se leía: «La agonía de un tuberculoso. Las personas que transitan por las cercanías del Parque Herrera se han conolido contemplando la agonía de un infeliz tuberculoso, que en su inmenso desamparo buscó arrimo en una de las puertas laterales de la iglesia del Calvario. / Allí, a la intemperie, al sol y al agua, envuelto en una manta raída, aguijoneado por un espeso enjambre de moscas, la vida de aquel infeliz se extingue lenta y dolorosamente, a golpes de tos seca y persistente, que desgarran las fibras pulmonares. / ¿Quién es él? / Un policía –nos dijeron. / Adquirió el mal en las fatigas del servicio. Fue al Hospital y de allí lo despidieron por naturales temores de contagio. Se vió solo, débil y desamparado, y se arrastró calle abajo, hasta echarse como un lebril herido en las gradas de la iglesia solitaria. / Antier llegó un carretón del tren de aseo. Unos mozos tomaron el cuerpo vivo del tuberculoso y lo echaron al fondo del vehículo. / La carreta troteó camino del Cementerio; y según nos informan, aquella víctima de la peste blanca fue arrojada en el cuarto de los nichos, para esperar allí el desenlace inevitable. / Solo. Horriblemente solo. Sin el aliento de una oración. Sin el consuelo de la caridad. / Oyendo apenas el gemido de los sauces y el susurro doliente de los cipreses. / Y pensando tal vez en la dulce mentira del altruismo y de la filantropía de los hombres» (*La agonía de un tuberculoso*, 1923, p. 1). Cuanta verdad hay entonces en las palabras de Vargas Llosa cuando afirma que «Un entorno bárbaro barbariza», esa era nuestra sociedad en las tres primeras décadas del siglo XX.



Tropas revolucionarias
al mando del Gral.
Vicente Toza.

hacia el ejército y no hacia la instrucción. Francisco Bertrand asumió la presidencia en 1915 luego de ser electo en comicios electorales y no fue su administración amenazada por intentonas de derrocamiento, se gastaba más en la guerra que en la educación por la sencilla razón de que ese actuar ha sido una triste práctica en nuestra cultura política desde tiempos coloniales y una tara que ha mantenido a Honduras y a la región en el subdesarrollo pues seguimos gastando dinero y recursos en las mismas proporciones en quienes disparan las balas y no en libros y en aquellos que los escriben o en quienes los enseñan.

En cuanto a la dimensión de las tropas, en el informe de Bertrand se podía leer:

En la época determinada por la ley, se verificó la inscripción militar; practicándose también la revisión de los registros locales y generales. Según los cuadros respectivos, el número de los nuevos inscritos en la República ascendió a 4.532; eximiéndose del servicio, por diversos motivos, 1.429 milicianos. El 31 de julio próximo pasado, la situación del Ejército era la siguiente: activo, 40.593 individuos; reserva, 18.076. Total: 58.669 hombres (Bertrand, 1917, p. 28).

Para marzo del año 1923 eran 62,000 combatientes, para diciembre de 1916 -sumados activos y reservistas- 58.669 hombres dedicados a la guerra. Qué diferencia serían esos miles de ciudadanos dedicados a la docencia o a cualquier actividad productiva para nuestra nación. Pero no, eran soldados dedicados exclusivamente para la guerra contra sus propios hermanos. Catarino

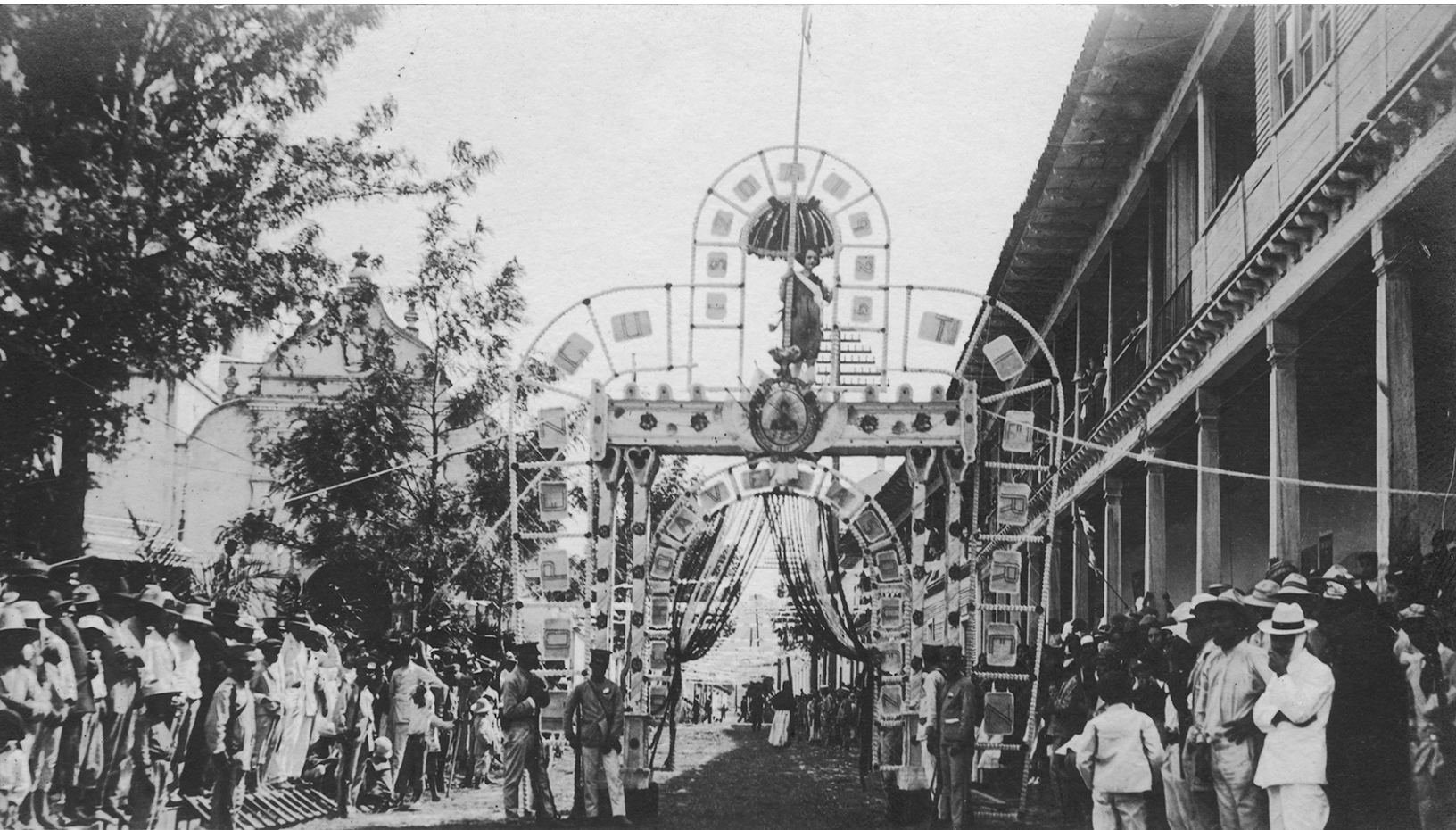
Castro Serrano en su valioso libro antes citado, daba en 1921 un panorama general de los primeros cien años de vida independiente del país y los datos estadísticos ahí referidos son esclarecedores. La población de Honduras ascendía a 637,114 habitantes y la ciudad de Tegucigalpa tenía 30,000 ciudadanos (Castro Serrano, 1921, p. 16). Si para 1923 Honduras tenía un ejército de 62,000 integrantes, y dos años antes los habitantes de Honduras eran 637,114, significa que un poco menos del diez por ciento de la población se dedicaba a la guerra y que un ejército que doblaba la cantidad de habitantes que tenía su ciudad capital existía en el país. Revisemos nuevamente las cifras destinadas a guerra y educación y entenderemos la razón de lo que sucedía en el país⁶.

En el discurso pronunciado por el presidente López Gutiérrez en la apertura de sesiones del Congreso Nacional en enero de 1922⁷, éste afirmó que:

Tengo la pena de manifestaros que los gastos han sido tan crecidos (en el ramo de la guerra), que se elevaron a la suma de \$ 3.417.474.76 en vez de limitarse a \$ 1.997.920.00, que fijaba el Presupuesto. Tan sensible aumento, que ha contribuido en gran manera a desequilibrar un tanto la marcha económica-administrativa, se debe a que fue indispensable mantener constantemente fuerzas extraordinarias en varios puntos de la República, por las perpetuas amenazas en que nos han mantenido los profesionales de la revuelta, y muy especialmente nos

⁶ Tiburcio Carías Andino fue el candidato cuyo triunfo fue burlado en las elecciones del año 1923 que dieron pie a la guerra civil de 1924. Pasados dos períodos electorales más, fue favorecido por el voto popular en las elecciones de 1932 y tomó posesión de la silla presidencial el 1 de febrero del año 1933. Para febrero de 1934, una de las principales preocupaciones de su administración era la constitución de un ejército formal y para resumir, en ese mes ya Honduras contaba con tres flamantes aviones de guerra blindados y armados con ametralladoras y lanza bombas que costaron en total 38,000.00 Lempiras las tres susodichas aeronaves (Carrasco, 1934, p. 3). En el informe de su administración presidencial de febrero a diciembre de 1933, aparecen las sumas de 2,000.00 Lempiras erogados para construcción de edificios escolares; 1,289.10 Lempiras para compra de material de enseñanza; 49.00 Lempiras para la publicación de revistas o 5,722.00 para la Biblioteca Nacional (*La Educación Pública Durante el Primer Año de Gobierno del Dr. y Gral. don Tiburcio Carías A.*, 1934, p. 1). Diez años después de la montonera del año 1924, la guerra y no la educación seguía siendo la prioridad del Estado hondureño, el que era dirigido casi por las mismas personas partícipes de la guerra civil de ese infausto 1924.

⁷ En el informe presentado por el Ministerio de Hacienda al Congreso Nacional en el mes de marzo de 1922 -correspondiente al año fiscal 1921-1922-, se desglosan los gastos erogados en el ramo de Guerra y Marina que ascendieron a 3,417,474.76 en tanto Instrucción Pública tuvo un presupuesto de 630, 257.00 siendo más que obvia la diferencia a favor del primero. De este gasto en la guerra, el referido informe señala un inciso dedicado a Revolución, cuyo gasto ascendió a 1,092,016.00 (*El asunto de las Memorias*, 1922, p. 1).



Arcos decorados en la avenida Cervantes de Tegucigalpa, bajo ellos pasaría la fórmula presidencial del general Rafael López Gutiérrez como presidente y el doctor José María Ochoa Velásquez que asumiría el poder luego de la guerra civil de 1919, preludio de la siguiente guerra de 1924.

Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo Post card, 13.5 x 8.4 cm. 1920

amenazaban con sucesivas irrupciones los revolucionarios hondureños, lo cual hacía indispensable la permanencia de tropas que garantizaran la vida y haciendas de los pueblos limítrofes (*La revolución, mal negocio*, 1923, p. 1).

Ahora bien, este dispar gasto estatal en la guerra en detrimento de cualquier inversión en la educación no era práctica exclusiva del Estado hondureño, es un actuar gubernamental común en la región centroamericana de la época ante la carencia de un ideal de nación homogénea e incluyente. Una prueba de ello es lo expresado en el manifiesto firmado en Santa Rosa de Copán por dos de los cuatro líderes de la guerra civil de 1924 -Tosta y Ferrera-, páginas atrás reproducido. En él se habla de la indignación que ha causado la

permanencia ilegal del presidente Gutiérrez en los pueblos de occidente y especialmente del pueblo en Intibucá, zonas de marcada ascendencia indígena que históricamente han sido marginadas en cuanto a educación o salud pública se refiere, fenómeno común tristemente repetido en la región centroamericana de ese entonces y del presente, Marta Casaús así lo explica:

Sin embargo, en dos de los tres países estudiados, Guatemala y El Salvador, se sustituyó la educación por la milicia, que se convirtió en el medio más propicio para crear un sentimiento de pertenencia y lealtad a la nación y para inventar símbolos patrios que unificarán a la población (Casaús, 2016, p. 37).

Podríamos ser acusados de juzgar los errores del pasado bajo el lente de la modernidad y

nuestros supuestos adelantos democráticos, pero lo cierto es que esta disparidad de prioridades era vista y denunciada desde antes que se sucedieran las elecciones fallidas del año 1923 que originaron la guerra del siguiente 1924:

Debiéramos ser un pueblo ilustrado y culto, pero al maestro se le vió con desprecio, y el dinero para la cultura general se derrochó en la matanza intestina. Debiéramos tener gobiernos verdaderamente civiles, promoviendo el bienestar de todos, pero el caudillismo ignaro ha convertido la república en una dictadura militar (Davila, 1923, p. 4).

Pero la aseveración anterior tampoco es casual, y el mismo autor párrafos atrás lo explicaba de mejor manera:

Nuestra existencia democrática ha sido ésta: El poder público se conquistó a balazos y se dejó de la misma manera. A la revuelta se llevó el pabellón de la libertad y la justicia para profanarlo al día siguiente del triunfo. Se despertó el entusiasmo de las masas populares para lanzarlas a la matanza infecunda y después burlarse de ellas. El caudillismo oprobioso fue el fruto legítimo de nuestras siembras.

...contar la historia suele ser el primer botín de guerra

Así lo expresó el escritor mexicano Enrique Díaz Álvarez (1976) en su libro *La palabra que aparece* (Díaz Álvarez, 2021, p. 63), luego de reflexionar sobre el pensamiento del filósofo alemán Walter Benjamin (1892-1940) hacia el papel de la historia y del historiador en el caso de las guerras. Y lleva toda la razón. De la guerra civil de 1924 sabemos los nombres de sus principales protagonistas, las causas que motivaron su decisión de ir a la guerra y lo que ganaron luego de ella. Pero todo del bando vencedor. De los vencidos muy poco sabemos. Ese primer botín mencionado por Díaz Álvarez lo hicieron muy suyo aquellos que dijeron haber ganado la guerra y así ha sido hasta nuestros días, pero no es de extrañarse, pues: «...quienes someten y dominan en el presente son herederos de los que vencieron tiempo atrás» (Díaz Álvarez, 2021, p. 63).

Difícil ha sido hilvanar las páginas escritas en este artículo teniendo muy poca documentación

de aquellos que la historia oficial ha calificado como los vencidos -como si en la guerra de un país tan pequeño como el nuestro podría llamarse alguien vencedor o vencido-, todos perdimos. Y como mencionamos en el texto de introducción, el hilo conductor de este escrito han sido las imágenes gráficas hasta ahora encontradas y las reflexiones que de ellas se deriven, pero de los “vencidos” poco o casi nada hemos encontrado. Circulaban en Tegucigalpa cinco periódicos permanentes para inicios de 1924, y muchos más en distintas ciudades del país. Los diarios *El Cronista*, *Los Sucesos*, *Patria*, *El Constitucional* y el oficialista *Excelsior* constituían básicamente la prensa capitalina. Cada uno de ellos representaba en menor o mayor medida a un precandidato a la silla presidencial para las elecciones de octubre de 1923. *El Cronista* y *El Constitucional* lo hacían abiertamente, el primero defendía al general Carías y el segundo al doctor Bonilla, *Excelsior* a la administración López Gutiérrez que al final no pudo sostener una candidatura oficialista hasta la fecha de los comicios. De diario *El Constitucional* existen pocos ejemplares de esa época y de *Excelsior* menos aún, así que es una gran verdad la máxima que dice que:

«Aquello que fue olvidado y lo que no existió ocupan el mismo lugar...»

...Hay mucha realidad a pasear por ahí, frágil, transportada solo por una única persona. Si ese individuo desaparece, toda esa realidad desaparece sin contemplaciones, no existe forma de recuperarla, es como si nunca hubiese existido» (Peixoto, 2023, p. 8, citado en Constenla, 2023, p. 8). Así expresaba el escritor José Luís Peixoto (1974) en su libro *Comida de domingo* que en buena medida es una biografía del político y empresario portugués Rui Nabeiro (1931-2023). Afirma también que «El pasado tiene que probar constantemente que existió» lo que es claramente un enérgico llamado de atención a toda sociedad que desee conocer -y construir- su verdadera historia. Y si eventos terribles de ese pasado los dejamos en el olvido -siguiendo la idea del escritor Peixoto-, es como si nunca hubiesen existido y por lo tanto las valiosas vidas en ellos perdidas, el dolor y las tragedias de ese pasado oscuro nunca se padecieron. Pasados cien años del conflicto del año 1924 las víctimas o los protagonistas de esta tragedia poco a poco han ido falleciendo y con



El general Francisco Martínez Fúnez (el segundo de izquierda a derecha) posa junto a los pilotos del aeroplano que era utilizado -inútilmente, debemos agregar- para lanzar bombas a las tropas gubernamentales en la guerra de 1924. Nótese como los retratados posan despreocupadamente con los bombas en sus manos.

Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo *Post card*, 13.5 x 8.4 cm. 1924

ellos desapareciendo también esa terrible realidad que vivieron. Los distintos impresos -periódicos o volantes-, de aquellos que perdieron el poder en ese entonces, fueron olvidados y en el presente simplemente ya no existen para saber su versión de los acontecimientos de esos infaustos tiempos, lo que casi significa lo mismo de que no sucedió.

A manera de conclusión

«Somos lo que recordamos» tituló su libro *La memoria y la vida* el académico español José María Ruiz-Vargas para referirse al poderoso motor que para la humanidad significa conocer su pasado y cómo este saber delinea su vida presente. Que recordar ese tiempo pretérito nos

sea incómodo esa es otra gran verdad, pues no siempre trata de hechos que nos enorgullecen sino de muchos que avergonzarían a cualquier sociedad o nación del orbe. Pero es nuestro pasado y lo mejor que podemos hacer es estudiarlo para que nunca más vuelva a repetirse. A fin de cuentas, el pasado es eso: lo que ha quedado atrás, no podemos cambiarlo, no podemos ignorarlo, pero si podemos estudiarlo para cambiar nuestro presente en base a lo que hicimos mal años, décadas, siglos o un milenio atrás. Tomamos de guía los diarios de la capital impresos en la época pues creemos que tal como J. R. Moehring lo expresó: «el periodismo es el primer borrador de la historia» (Moehring, 2023, p. 10, citado en Islas, 2023, p. 10). El día a día de

los sucesos pasados puede entreverse en la prensa escrita, siempre y cuando se lea todo lo publicado, pues como antes explicamos, para la segunda década del siglo XX casi cada facción política tenía en un periódico a su vocero oficial y si leemos solo una versión de los hechos perdemos entonces la imparcialidad que se busca al escudriñar el pasado.

Hemos tomado los antecedentes de la guerra pues mejores escritos se han hecho antes del conflicto del año 1924, y estamos seguros que en el transcurso del 2024 que se cumpla un siglo de ese hecho se publicaran sendos estudios analizando y describiendo lo sucedido. Los dramas padecidos de 1919 a 1923 nos dan una idea de lo que derivó en la guerra y lo peligrosamente similar que ha sido cada elección presidencial desde ese tiempo al presente. Para octubre de 1923 el Partido Liberal desgastado por la administración del general López Gutiérrez se presentó a los comicios escindido, por un lado, Juan Ángel Arias y como Partido Liberal Constitucionalista el doctor Policarpo Bonilla, en tanto el Partido Nacional presentó la candidatura única de Tiburcio Carías Andino, el que se declaró vencedor desde los primeros días de noviembre luego del cierre de las mesas electorales. Bonilla y Arias desde el Congreso Nacional movieron cielo y tierra para poner trabas a la declaración de presidente constitucional por Carías exigida. El estira y encoge duró hasta el 1 de febrero de 1924 cuando el general Rafael López Gutiérrez emitió el decreto que le autorizaba continuar bajo el mando de la nación y estalló la guerra.

Escribió casi en las postrimerías del siglo XX Roberto Castillo (1950-2008) en un cuento que: «Quisimos conservar la memoria y no logramos más que aniquilarla» (Castillo, 1999, p. 35). Se lamentaba el narrador que así decía su padre cuando escribía en la historia con «aquella sustancia misteriosa, volátil y nerviosa, que fue conocida como la tinta del olvido». Y así precisamente se llamaba el cuento: *La Tinta del Olvido*. Cruel vaticinio o lamentable premonición, con esa misma tinta pareciera que se ha escrito la historia de Honduras, como complemento a la triste tintura en el que Rafael Heliodoro Valle (1891-1959) o Roberto Sosa (1930-2011) han sugerido se escribió esa historia (en una lágrima el primero o en una gota de sangre el segundo). Lo que si es cierto es que todo parece que esa tinta, la lágrima y la gota de sangre han ido de la mano

en nuestra historia de los últimos dos siglos, desolador panorama para un pueblo y una nación que han merecido siempre tener mejor suerte de la que han padecido.

Me parece inverosímil el no haber escuchado un siglo atrás las palabras de Alfonso Guillén Zelaya (1887-1947) cuando en el discurso en honor al natalicio del padre Reyes esperanzado en nuestro inmediato futuro expresó en 1923:

El libro en llamas con que la juventud destruye el machete homicida, puede equipararse al más alto de los símbolos. Representa el fuego del pensamiento aniquilando a una época de zafarrancho y de barbarie. Va a la hoguera el ayer asqueroso y desalmado, y de sus propias cenizas resurge el presente, generoso y humano.

Todo esto tiene una honda enseñanza. La juventud de hoy busca sobre los escombros del pasado su propia elevación y con ella la de la patria (Guillén Zelaya, 1923, p. 156).

Ese ayer asqueroso y desalmado se instaló en la patria en donde el machete homicida se impuso al libro, a la cordura o a la inteligencia. Apagaron el fuego del pensamiento, nada los detuvo, así como pasado un siglo ya de esa oprobiosa guerra nada ha detenido a los políticos de oficio para enlodar el nombre de su patria. Estas páginas no han sido escritas para ellos, pues como bien lo escribió el 12 de abril de 1924 nuestra ínclita maestra Visitación Padilla (1882-1960):

Pero no estamos nosotros hablando a esos entes ignaros, vergüenza de las sociedades. Nuestra voz es para la juventud de ideales immaculados; para la mujer hondureña, portento de virtudes y para la conciencia nacional que no conoce todavía las claudicaciones de servir a un gobierno que ha ultrajado la independencia de su patria (Padilla, 1924, p. 1).

Ciudad Universitaria José Trinidad Reyes, 20 de junio del año 2023

Los oprobiosos arcos del triunfo, portales siempre erigidos por los que aducen ganar las batallas para pasar triunfales entre ellos para escarnio de aquellos a quienes señalan haber vencido. Estos arcos contruidos de materiales perecederos eran comunes para el primer cuarto del siglo XX en Tegucigalpa, el de la imagen recibía a las tropas victoriosas que pasarían por la antigua calle del Comercio, entre el entonces llamado Jardín Morazán y la plaza La Merced. Fotografía en papel fotográfico tipo Post card, 13.5 x 8.4 cm. 1924



Referencias bibliográficas

- Ansaldi, W. (2016). *El autoritarismo*. En Casaús Arzú, M. E. y Macleod, M. (Coords.) *América Latina entre el autoritarismo y la democratización 1930-2014*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia. pp. 119-148.
- Bauer, A. (2007). *Las estructuras agrarias en la América española*. En Vásquez, J. Z. (directora). *Historia General de América Latina VI*. Primera reimpresión. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura y Editorial Trotta. pp. 295-320.
- Bertrand, F. (1917). *Mensaje dirigido al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1917 por el Dr. Francisco Bertrand presidente constitucional de la República de Honduras*. Tegucigalpa: Tipografía Nacional.
- Cabrera, M. A. y Pro, J. (2016). *Introducción*. En Cabrera, M. A. y Pro, J. (Coords.). *La creación de las culturas políticas modernas 1808-1833*. Volumen I. *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia. pp. 23-34.
- Carías, F. G. (1949). *Tiburcio Carías Andino*. En diario *La Epoca*, lunes 14 de marzo de 1949. Año XVI. No. 4723. Tegucigalpa: Imprenta La Democracia. p. 3.
- Carrasco, P. (1934). *Labor Comparativa Entre el Partido Nacional y el Liberal*. En diario *La Epoca*, martes 27 de febrero de 1934. Año I. No. 196. Tegucigalpa: Imprenta La Democracia. p. 3.
- Casaús Arzú, M. E. (2016). *Centroamérica entre la Patria grande y la nación: el dilema entre la «Oligarquización» del poder y la democratización (1930-2014)*. En Casaús Arzú, M. E. y Macleod, M. (Coords.) *América Latina entre el autoritarismo y la democratización 1930-2014*. Volumen VI. *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia. pp. 25-49.
- Castillo, R. (1999). *La Tinta del Olvido*. En revista *Galatea*, No. 1, abril de 1999. Tegucigalpa: Litografía López. pp. 35-42.
- Castro Serrano, C. (1921). *Honduras en la primera centuria. Nuestra vida política, diplomática, militar y cultural de los primeros cien años 1821-1921*. Tegucigalpa: Tipo-Litografía y Fotograbados Nacionales.
- Constenla, T. (2023). *El pasado existió y esta es la prueba*. En suplemento semanal *Babelía*, diario *El País*, sábado 3 de junio, 2023. Año XLVIII. No. 16,749. Madrid: Ediciones El País. p. 8.

- Corleto, S., Santos, J. A., Oquellí Hernández, J. y Durón Mena, I. (1923). *Dictamen*. En *Boletín Legislativo*. 15 de octubre de 1923. Serie III. No. 30. Tegucigalpa: Congreso Nacional de Honduras. pp. 247-248.
- Davila, C. (1923). *Democracia fracasada*. En diario *El Cronista*. Martes 20 de marzo de 1923. Año XI. No. 3,064. Tegucigalpa: Paulino Valladares. p. 4.
- Díaz Álvarez, E. (2021). *La palabra que aparece. El testimonio como acto de supervivencia*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- El asunto de las Memorias*. (1922). En diario *Excelsior*, sábado 11 de marzo de 1922. Año I. No. 274. Tegucigalpa: Imprenta La Democracia. p. 1.
- El desastre administrativo*. (1922). En diario *El Constitucional*, viernes 3 de noviembre de 1922. Año I. No. 18. Tegucigalpa: La Prensa Libre. p. 1.
- El ejecutivo retira los pactos de Washington*. (1923). En diario *El Cronista*. Jueves 17 de mayo de 1923. Año XII. No. 3,109. Tegucigalpa: Paulino Valladares. p. 2.
- Fanjul, S. C. (2022). *La última voz del lugar en donde se creó la bomba atómica*. En diario *El País*, lunes 7 de noviembre, 2022. Año XLVII. No. 16,544. Madrid: Ediciones El País. p. 30.
- Guillén Zelaya, A. (1923). *Párrafos del discurso pronunciado por el poeta Alfonso Guillén Zelaya, en la fiesta del Padre Reyes*. En *Boletín de la Escuela Normal de Varones*, junio y julio de 1923. Año III. No. 26 y 27. Tegucigalpa: Escuela Normal de Varones. p. 156.
- Honduras en la Primera Centuria*. (1923). En diario *Excelsior*. Miércoles 25 de enero, 1922. Año I. No. 236. Tegucigalpa: Imprenta La Democracia. p. 4.
- Islas, F. (2023). *Inteligencia artificial, los ritmos y los hechos*. En diario *Excelsior*, sábado 24 de junio de 2023. Año CVII. Tomo III. No. 38,643. Ciudad de México: GIM Compañía Editorial, S.A. de C.V., p. 10.
- La agonía de un tuberculoso*. (1923). En diario *El Cronista*. Jueves 14 de junio de 1923. Año XII. No. 3,132. Tegucigalpa: Paulino Valladares. p. 1.
- La revolución, mal negocio*. (1923). En diario *Excelsior*. Viernes 27 de enero, 1922. Año I. No. 238. Tegucigalpa: Imprenta La Democracia. p. 1.
- López García, J. y Juárez, L. M. (2016). *Violencias contemporáneas y culturas políticas en América Latina*. En Casaús Arzú, M. E. y Macleod, M. (Coords.) *América Latina entre el autoritarismo y la democratización 1930-2014*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia. pp. 67-92.
- Mientras la mayoría de los empleados sufren de miseria por falta de pago, el Gobierno llena de dinero las bolsas de sus libelistas*. (1922). En diario *El Constitucional*, Miércoles 15 de noviembre de 1922. Año I. No. 28. Tegucigalpa: La Prensa Libre. p. 1.
- Oquellí, R. (1999). *Conversación con Ramón Oquellí*. En revista *Galatea*, No. 3, noviembre 1999. Tegucigalpa: Litografía López. pp. 6-21.
- Oviedo, M., Oquellí Hernández, J. y Gómez Romero, A. (1923). *Iniciativa*. En *Boletín Legislativo*. 28 de febrero de 1923. Serie I. No. 5. Tegucigalpa: Congreso Nacional de Honduras. pp. 45-46.
- Padilla, V. (1924). *Exito de nuestra labor*. En *Boletín de la defensa nacional*. Sábado 12 de abril de 1924. No. 22. Tegucigalpa: Editado por Froylán Turcios. p. 1.
- Paralelo imposible*. (1923). En diario *El Constitucional*. Jueves 24 de mayo de 1923. Año I. No. 182. Tegucigalpa: Imprenta La Prensa Libre. p. 1.
- Sandoval, J. M. y Reina, A. R. (1923). *Dictamen*. En *Boletín Legislativo*. 28 de febrero de 1923. Serie I. No. 5. Tegucigalpa: Congreso Nacional de Honduras. pp. 39-40.
- Un infeliz indio torturado por dos verdugos del actual gobierno*. (1922). En diario *El Constitucional*, viernes 10 de noviembre de 1922. Año I. No. 24. Tegucigalpa: La Prensa Libre. p. 1.
- Valle, J. C. (1822). Periódico *El Amigo de la Patria*. Enero 25 de 1822. Num. 20 y 21. Fol. 155. Ciudad de Guatemala: Editado por José Cecilio del Valle. pp. 193-211.
- Vargas Llosa, M. (2020). *Prólogo*. En Hochschild, A. (2020). *El fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*. Barcelona: Ediciones Península. pp. 7-12.
- Los generales Vicente Tosta Carrasco -de sombrero, ► saco y corbata-, y Gregorio Ferrera - a la derecha del primero-, posan junto a combatientes luego del triunfo de su facción ante las tropas oficialistas en el sitio a Tegucigalpa de febrero a abril de 1924. Autor desconocido. Fotografía en papel fotográfico tipo *Post card*, 13.5 x 8.4 cm. 1924

